

Notas y documentos

HOMENAJE A PEDRO PRADO

Para exaltar la obra poética y literaria realizada por el gran escritor nacional Pedro Prado, los Cuerpos Directivos de la Universidad organizaron una velada, que se llevó a efecto el jueves 29 de mayo pasado, en el Teatro Concepción.

El escritor, señor Caupolicán Montaldo y el Rector de la Universidad, señor Enrique Molina leyeron trabajos de gran interés sobre la obra de Prado y su trascendencia en las letras nacionales y en el ámbito de la literatura hispanoamericana. Estos trabajos, que constituyen un expresivo homenaje a la memoria del autor, por el afecto que ha inspirado su ejecución, se insertan en estas columnas.

Contribuyó a dar mayor realce a esta velada la participación de los Coros Polifónicos de Concepción, bajo la dirección del maestro Arturo Medina. Recitó también una selección de poemas del autor. Brisolia Herrera, una de las más caracterizadas figuras del Teatro Universitario.

DISCURSO DE ENRIQUE MOLINA

Nos hemos reunido aquí esta tarde para rendir homenaje a un gran poeta. Pedro Prado. El poeta, el verdadero poeta, es el vidente, es el privilegiado del espíritu para traducir en verso humano lo

de difícil acceso al común de los mortales; es un guía que nos ayuda a percibir las maravillas del universo y los laberintos del alma humana; es el portador de las cuerdas divinas que vibran con el dolor de los demás; es el creador de belleza y pontífice del amor en todas sus formas. Vuela por esto en planos superiores a las miserias ordinarias de la vida o les aplica el cauterio de su fuego de profeta indignado cuando provienen de la mezquindad y maldad de los hombres. Es así antena de luz que grita a los extraviados y abatidos mortales: Avanzad, avanzad, realicemos con valor la vida, hagamos a Dios.

Llevar a cabo un acto como el presente equivale a apoderarse por el momento del alma del poeta y hacerla nuestra, participar de sus luces, sentir nuestras vivencias interiores depuradas por ellas y ver abrirse ante nosotros puertas y ventanas inesperadas que nos permiten columbrar esperanzas y horizontes desconocidos.

El verdadero poeta es un fuego sagrado que purifica e ilumina.

Los rasgos generales recién apuntados corresponden perfectamente a lo que ha sido Pedro Prado. Habría que agregarles sólo algunos toques para singularizarlo. Prado es uno de los acontecimientos más notables de Chile en este siglo XX que vamos viviendo, pero lo es en el orden superior de la cultura, la sabiduría y el arte, en la esfera espiritual en que la aparición de sus sostenedores y cultivadores constituye uno de los más valiosos dones para los pueblos, sin que conciten a su alrededor la vocinglera fama callejera que acompaña a algunos políticos y futbolistas. Prado constituye una de las altas cumbres de la hermosa cordillera que ha levantado en nuestro tiempo la poesía chilena, cuya irradiación ha transpuesto con mucho las fronteras de la patria y del continente y ha alcanzado hasta donde llegan las alas del idioma castellano.

Prado pudo parecer un favorito de los dioses. Nacido en cuna ilustre; cuidado con esmero por un padre cariñoso que era un médico eminente, heredero de bienes de fortuna que le permitieron afrontar la vida sin tener que luchar por ella; gozó de una educación como de las mejores que se pueden lograr en nuestro país—

hasta hacer estudios completos de arquitectura—. Encontró el amor en una bella y santa compañera y su pecho se esponjó en los afectos de una hermosa familia. Mas los dioses aman la tragedia, la hacen vivir a los desamparados mortales, y ni aún sus favoritos se libran de ella. Nuestro poeta se vió privado del amor de madre desde los dos años de edad y una cruel enfermedad lo hirió prematuramente.

Pedro era un aristócrata de raza, pero, a la vez, el hombre más natural, sencillo y efusivo. Como burlándose del tiempo, siempre conservó el aspecto de un muchacho sano y bueno, hasta que en sus últimos años la enfermedad que lo llevó a la tumba le crispó el rostro en un rictus doloroso. Su aristocratismo no se manifestaba en él ni en vanidad, ni altanería, ni en menosprecio de los demás. Esto habría sido contrario a lo delicado de su naturaleza. Era distinción innata y armonía con la naturalidad con que pueden ser aterciopelados los pétalos de una flor. Imposible en él era lo vulgar, adocenado y chocarrero. Esto se dejaba ver en todo instante en su trato y se revela a lo largo de toda su obra. Su voz, como órgano de la entereza de su alma, poseía cierta musicalidad varonil, grata de escuchar y que inspiraba confianza. Pedro solía andar como si fuera por un mundo, mundo suyo, contemplando y oyendo cosas que los que iban con él no podían oír ni contemplar. Desde ese mundo contestaba lo que se le decía trayendo a la vez vagas irradiaciones de él. Es algo de lo que muestra nuestro poeta en el personaje ciego de *Androvar*, Nun, que, luego de recobrar la vista por un milagro de Jesús, deplora que esto haya ocurrido. Al espectáculo del mundo prefería el reino infinito de los sueños. “Cuando estaba ciego—dice—mi ceguera en la vida era como una ventana abierta hacia la noche infinita; por ella no sólo las sombras penetraban; también colábase el vasto y puro aire que viene de lo desconocido”.

Las excursiones del espíritu de Prado hacia lo desconocido, o sea, hacia lo oculto y misterioso, hacen que sus expresiones no

sean por lo común de contornos precisos. Aunque arquitecto de profesión puede decirse que su universo es un universo sin matemáticas. Señaladamente se encuentran en dos ocasiones en sus obras indicaciones de caracteres que son una pintura de sí mismo. Así dice, en el ensayo sobre *Orientación de la Arquitectura*: “La curiosidad me convierte en un dejar de hacer, por hacer otra cosa; un movimiento continuo que para muchos revela inconsistencia, falta de rumbo, diletantismo sin huella. Tengo la constancia de la curiosidad. A esto debo el iniciarme en algunas artes y el haber emprendido, sin llevar a término, varias profesiones liberales. Como un viajero que gasta su juventud recorriendo rápidamente el mundo, guardo, si queréis, una impresión vaga, pero extensa” (1). Y en *Los Pájaros errantes*, agrega: “No sé nada y afirmo. No sé nada y elijo. No sé nada y ejecuto mis obras y elevo mis canciones. Mis dudas no me doblegan; mi ignorancia no me abrumba. Como un pájaro inocente, en el arrebató de sus trinos, mi propia inconsciencia me ha salvado de las asechanzas de una alimaña o de la astucia de un cazador. Ebrio vuelo por los aires de la vida. Una incierta verdad y una constante inquietud se posan sobre mis alas. Debo volar con ellas y escuchar sus voces; pero mis fuerzas pueden fácilmente con su carga y en mis alas hay una sabiduría que yo no sospechaba. Yo me dejo ir por los ríos del viento y cruzo los remansos del aire. Yo no sé adónde va mi vuelo, pero aún a medianoche le siento tan robusto y seguro, que duermo tranquilo entre mis alas que reman y me llevan hacia un destino desconocido” (2). Tomando una actitud aconsejable para todo pensador u hombre de estudio, dice en el Prólogo de sus Ensayos, sobre *Arquitectura y Poesía*: “En general, no por pereza ni por indisciplina ni suficiencia acostumbro primero pensar largo sobre un asunto antes de leer lo que otros autores han escrito sobre él” (página 13). “...Así como a la llamita inicial de una hoguerra el acarreo prematuro de muchas brazadas de leña la ahoga en vez de alimentarla, no obtenién-

(1) Pág. 21.

(2) Pág. 33.

dose al fin sino consumir las probabilidades de encender el fuego, del mismo modo la excesiva erudición sofoca y apaga la personalidad latente, reduciéndonos, a la postre, a una acumulación de elementos que esperan inútilmente convertirse en fuente activa de energía" (pág. 15).

El artista, como el místico, es un predestinado. Uno y otro traen la misión de dar a conocer, de presentar, a los hombres cosas de que, entregados a sus propias fuerzas, no tendrían jamás la menor idea. El primero realiza su misión ofreciendo obras de belleza en poesía, teatro, música, canto, pintura, escultura y orquitectura. El segundo saca de sus inmersiones en los misterios del ser, atisbos de lo divino. Frecuentemente ambas clases de creaciones, como resultado del fondo espiritual común de donde provienen, entremezclan sus colores y se puede hablar de una mística de las formas bellas, como asimismo de una belleza de la mística.

Pedro Prado dió a luz su mensaje de gran artista en prosa y verso y también como pintor y arquitecto; pero estas últimas fueron en él actividades secundarias. Su primer libro, *Flores de Cardo*, apareció en 1908. El libro produjo un sentimiento en que se mezclaban el estupor y la admiración, lo cual es perfectamente explicable, puesto que aquel muchacho (tenía 22 años) bueno, sencillo y puro, acababa de instituir en Chile el culto del versolibrismo, punto de partida de muchas y sustanciales transformaciones en la lírica nacional. Además de esta innovación en el plano métrico, el poemario traía otros aportes valiosos. Sin romper aún definitivamente con los cánones de moda, *Flores de Cardo* enriquece inesperadamente la temática usual, insinúan procedimientos más complejos de introspección, acuñan un mayor número de imágenes, muchas de ellas novedosas y conmovedoras, y, sobre todo, demuestran que la poesía puede y debe ser algo más que un confesionario de menudas tribulaciones sentimentales (1).

Cinco años más tarde publicó nuestro autor su otra obra en

(1) Julio Arriagada Augier y Hugo Goldsack, "Pedro Prado, un clásico de América", "Atenea", N.º 321.

verso libre, *El Llamado del Mundo*. No es éste el llamado de las tentaciones mundanas a que el poeta supiera resistir, sino el llamado del ser y de la vida interior para que ahondara en ellos. Y en ellos penetra Prado como un experto pescador de perlas y de sus profundidades las arranca para ofrecerlas sin ninguna afectación ni complicación del lenguaje, sin tomar, como tanto poeta de hoy día, la postura de hacerse profundo y llegar sólo a ser oscuro.

Poco antes había publicado *La Casa Abandonada*, colección de pequeños poemas en prosa.

Un episodio interesantísimo de la vida de Prado y de la historia del arte en Chile durante el segundo decenio del presente siglo es la organización de Los Diez. Constituyen una hermandad formada por más o menos diez hermanos artistas, de los cuales algunos alcanzan a tener título especial, como el Hermano Mayor, el Hermano Errante, el Hermano Poeta, el Hermano Músico, el Hermano Pintor, el Hermano Escultor, el Hermano Arquitecto. Formaban parte del grupo, fuera de Prado, entre otros, el poeta y pintor Manuel Magallanes Moure, el pintor Juan Francisco González, el músico Alfonso Leng, y los escritores Eduardo Barrios, Armando Donoso y Alberto Ried. Fuera del estímulo para el cultivo del arte, en todo esto había no poco de *blague* y de *humor*. Practicaban ceremonias de iniciación y hablaban de un claustro común con su respectiva torre, lo que, si bien al pie de la letra era irreal, en cierto sentido no lo era porque disponían para el objeto de la antigua casona de la quinta que poseía Prado en el extremo de la calle Mapocho en Santiago, amplia residencia que había heredado de su padre y que él ocupaba con su familia. Dicha mansión estaba coronada efectivamente por una torre a donde solía retirarse el poeta a trabajar. Prado ha dicho de Los Diez que “no formaban ni una secta ni una institución ni una sociedad, que carecían de disposiciones establecidas y que no pretendían otra cosa que cultivar el arte con una libertad natural” (1).

(1) “Somera iniciación al Jeloe”, trabajo leído en la Biblioteca Nacional en la primera velada de Los Diez.

En 1915 apareció el libro *Los Diez* en que Pedro pone oraciones en los labios de los distintos hermanos, y al año siguiente empezó a salir con el mismo nombre la revista de la hermandad, que constituye una brillante etapa de nuestras letras. Esta alcanzó a contar cuatro números. Solicitado por Pedro envié para el primero de ellos una colaboración, que fué un diálogo titulado "Por los Senderos del Caracol".

Por esos años dió a la luz pública nuestro poeta *Los Pájaros errantes*, pequeños poemas en prosa que ya hemos mencionado (1915), y *Ensayos sobre Arquitectura y Poesía* (1916). Al primero lo titula *Orientación de la Arquitectura*, que también hemos citado y es magnífico. Aborda el tema en función del ambiente y de las condiciones climatéricas de cada país, lo que él denomina con una expresión tal vez no muy exacta, nacionalismo en la arquitectura. De todas maneras el asunto lo aborda con amplitud, variedad y hondura de miras. Lo trata directamente y no como se suele complacer en hacerlo Prado con otros, en forma ondulante y algo traviesa. Termina con las siguientes palabras: "El arquitecto nos hace la casa, la escuela, el templo y la tumba. Y todos los edificios son como hombres grandes y serenos que nos protegen. Hay en ellos expresión humana con aire de eternidad".

En el género narrativo ha dejado Prado cuatro obras: *La Reina de Rapa-nui* (1914), *Alsino* (1920) *Un Juez Rural* (1924) y *Androvar* (1925). Las dos primeras están escritas en forma autobiográfica y contienen, seguramente, sobre todo *Un Juez Rural*, muchos datos de la vida del autor.

La Reina de Rapa-nui es la relación de un viaje a la isla de Pascua con magníficas descripciones de parajes y costumbres de los indígenas.

En *Un Juez Rural* nos refiere el autor cómo sorpresivamente fué nombrado juez de subdelegación y cómo contra la voluntad de su mujer aceptó el cargo. Lo atraía la novedad de las situaciones en que se encontraría y la idea del bien que pudiera hacer. Las

descripciones de los ambientes en que entra a actuar, de los campos y de las míseras poblaciones de su jurisdicción son admirables. También lo es la de los pobres y desharrapados personajes que acuden a su tribunal. Su secretario es un tipo único de estrechez y socarronería lugareñas. Las sentencias que va dictando el juez son dignas de Salomón. Así, aquella, en que en homenaje a los pensadores y filósofos, dispone que en adelante la vagancia no será una falta en el ámbito de su jurisdicción. Pero el juez concluye por desengañarse. Ve que apenas puede hacer el bien. Le es dado sólo castigar, hacer sufrir. Su impotencia ante el dolor y las penurias de una madre viuda que ha visto caer a la cárcel por ladrón a su hijo mayor, su único sostén, y que se ve expuesta a perecer de miseria junto con sus cinco hijos menores, colman su angustiada desesperanza. Presenta su renuncia. Esta es una amarga requisitoria contra la incapacidad de los hombres de hacer justicia.

Hay otros capítulos, fuera de los relativos al desempeño del juzgado, que parecen autobiográficos también, como son los que se refieren a aventuras del autor con su amigo el pintor Mozarena, que debe haber sido o el maestro Juan Francisco González o Manuel Magallanes Moure. Contienen excelentes descripciones y no pocas escenas tragicómicas. Otras son de un elevado vuelo poético, como la que se relata bajo el título de Alta Noche.

Androvar, poema dramático (1925), y *Alsino* (1920), que podría llamarse también un poema o, si se quiere, una novela poemática, son dos obras en que predominan las creaciones de la fantasía.

Androvar es un personaje extraño, desorientado y atormentado. Parecía un personaje de nuestra época trasplantado a los tiempos de Jesús. Al perseguir algún deseo le preocupa aquello a que ha debido renunciar al mismo tiempo. Ha conseguido, sin embargo, el don de cierta limitada ubicuidad y, lo que es más, de cierta convivencia psíquica absoluta entre él y Gadel, su discípulo y amigo más querido. No obstante se queja de la soledad de las al-

mas. Jesús le reprocha esta actitud y le dice que con sus palabras manifiesta el malsano placer orgulloso de sentirse sin rumbo y solitario. “Más fuerte que toda esa falsa desesperación—agrega—Jesús, es el aliento mismo de la vida”.

No obstante poseer el don de los milagros como resucitar muertos y devolver la vista a los ciegos, según hemos sabido en el caso de Nun, Jesús no aparece en el poema como un personaje de primer plano. Se muestra reticente y sordo a las súplicas de Androvar. Las encontraba exorbitantes para un ser de la pobre condición humana.

Gadel es el amante de Elienai, mujer de Androvar. Hay una escena de amor entre ambos, de la más exaltada pasión que Androvar, por su facultad de convivencia con Gadel, siente como si la viviera él mismo. Con este motivo exclama Androvar: “Espantosas caricias en que se mezclan todo el amor y todos los celos. Crees amar a otro, Elienai, y sigues amándome. Tu marido y tu amante no son más que un mismo hombre desolado”.

El poema termina en forma trágica para los tres personajes principales.

Me parece que *Alsino* es una de las creaciones más originales no sólo de la literatura chilena y americana, sino aún de la literatura universal. No hay que buscarle explicación al hecho de que a ese buen muchacho le brotan un día inopinadamente alas. No las tiene dentro de la naturaleza humana. Es un simple hecho de fantasía audaz y estupenda. De acuerdo con este fenómeno singular son las aventuras que el poeta hace correr a su héroe, las más de ellas épicas, algunas cómicas y otras vulgares. Prado encuentra ocasión para descripciones magníficas. Las páginas que dedica al sol, a la luna, al mar, a la tempestad, a la tierra, son verdaderos himnos, y el Canto al Amor que pone en labios de Alsino, inspirado en su pasión por Abigail es de un lirismo impresionante como expresión auténtica de un corazón herido. Alsino perece como un héroe grie-

go, abrasado en el fuego de sus propias alas, inflamadas al descender bruscamente de la gran altura a que había subido.

Los últimos libros de nuestro poeta son todos de sonetos: *Camino de las Horas*, *Otoño en las Dunas*, *Esta Bella Ciudad envenenada* y *No más que una Rosa*.

Camino de las Horas contiene recuerdos de su madre; ¡y en qué términos!, de su padre, de la mujer amada, evoca al amigo, pinta su infancia solitaria; palpitan en esos versos un sentido cósmico y un misticismo de gran hondura.

He aquí el soneto consagrado a su madre:

*Yo soy aquel a quien no modelara
caricia de mujer en tierna infancia,
un boceto inconcluso, un alma rara
siempre como sumido en la distancia.
Callado, solitario y pensativo,
gestando estoy la madre que yo añoro;
su remoto recuerdo apenas vivo,
cuando empieza a surgir me turbo y lloro.
Augusta sombra de mi sueño nace;
hija de mi pensar, mi madre acude;
prosigue su tarea, y así rehace
su obra. Inconcluso, ella me reanuda!
¡Oh, Madre, nuevamente me acompañas!
¡Oh, alegría al gestarte en mis entrañas!*

En *Otoño en las Dunas*, que comprende también *Las Estancias del Amor*, Prado se muestra menos concreto, más flou que en *Camino de las Horas*, pero, al mismo tiempo, de estilo más ceñido.

Cito algunas estrofas del delicioso conjunto *No más que una Rosa*:

*Amor es brote en áspera corteza;
y en la mudez del agua transparente
es el canto que nace en la corriente,
que luego de extasiada se apereza.
Es la rosa que mira y se adereza
y penetra al espejo de la fuente;
y no hay en todo el cielo del Oriente
una estrella que luzca su belleza.
Es astro en tierra y es mudez en canto;
en ingrávulo cuerpo, peso y vuelo;
es dolor de gozar y goce en llanto;
es huir lo real por el anhelo;
y en tal locura y en trastorno tanto,
se confunden la tierra con el cielo.*

(“La Rosa del amor”).

*Todo lo alumbra la pureza mía;
que el brillo de la lágrima mantuve
como luz en la sombra que me guía.*

(Última estrofa de la “Rosa Iluminada”).

*Siempre el vuelo semeja una alegría;
y es el rosal una ascensión de espinas
en tránsito a la rosa en que termina.*

(Última estrofa de “Tránsito de la espina a la rosa”).

*Mujer por la pasión enflorificada;
rosa por la belleza humanizada;
beso en perfume, cántico en mirada,*

*ansia en espina, súplica en herida,
desatando vas tu alma de la vida,
volarás cuando asciendas deshojada.*

(Las dos estrofas finales del soneto "La Rosa Humanizada").

Cuando uno lee un poeta como Prado llega a dudar de la realidad del mundo material en que vivimos. En todo evento, el verdadero poeta, y tal es el caso de Prado, nos hace el don de presentarnos la realidad del mundo en que él vive.

Prado es un poeta filósofo, como ha llamado Santayana a Lucrecio, a Dante, a Goethe y son frecuentes en él las amplitudes cósmicas que hallamos en Guerra Junqueiro, en Unamuno, en Nietzsche. Su prosa es sobria, tersa, ondulante y con relieves magníficos. Su verso, como ya en parte lo hemos anunciado antes, es sencillo, de una fluidez maravillosa, y no necesita de complicaciones oscuras, de metáforas forzadas y extravagantes ni de retruécanos dislocados para ser profundo. Es como el agua clara de una honda fuente capaz de reflejar las bellezas del universo y de permitir descender sin enturbiarse a entrañas del ser.

Pedro Prado ha enriquecido el acervo espiritual de Chile, de América y de la lengua castellana con una obra valiosísima y perdurable, y ha dejado en el corazón de quienes tuvieron la suerte de conocerlo personalmente, sobre todo de sus amigos, la impresión de un alma generosamente noble y cordial.

DISCURSO DE CAUPOLICÁN MONTALDO

Para llegar al elogio de Pedro Prado, para asentar mis palabras desde un ángulo objetivo, para buscar con inusitada pretensión, una sensación que quisiera hacer llegar hasta vosotros, señores y señoras, voy a tener que referirme a situaciones personales, a cosas vistas y vividas por quien os habla en este instante, instante que debía

ser de recogimiento y de gracia, ya que alzamos el nombre y la figura de un creador de belleza, tan grande, tan puro, tan claro, como lo fuera el maestro y amigo ausente ya para siempre.

Perdón os pido por mi petulancia, por estas palabras iniciales en las que voy a mezclarme con algo de mi vida, de mi juventud y de mis recuerdos.

Desde niño busqué un apoyo espiritual en todas las cosas que me hablaran de la belleza. Y así amé la poesía escrita, y amé con todas las fuerzas de mi espíritu la poesía en la forma o en el color. Por eso, junto con asistir en el día a mis cursos de humanidades en el Liceo Lastarria, en la capital, asistía en la noche a los cursos de escultura en madera, que funcionaban en la Escuela de Bellas Artes, en el Palacio de las Bellas Artes, que como una nave llena de sorpresas y sensaciones, navegaba entonces, entre una verdadera selva autóctona, cual era el parque Forestal. Este parque que más tarde, bajo el criterio "municipal y espeso", que dijo Darío, se convirtiera en un parque inglés, siguiendo la moda, y perdiendo, por tanto, toda la gracia que tenía.

Allí, en aquellos cursos, bajo la mirada paternal de don Juan Plá, el artista catalán, noche a noche hacíamos funcionar las gurbias y los formones, los alumnos de ese taller, mientras en otras salas los futuros escultores, dibujantes y decoradores, trabajaban también, con ahinco y con fe.

Formábamos entre todos los alumnos de esos cursos, la conjunción que iba a llenar más tarde cierto ideal social, como base humana, pues todos éramos estudiantes u obreros. No había diferencias entre nosotros, y una suma cordialidad nos unía por encima de todo. Los estudiantes nos ceñíamos a una esperanza lejana, pero que sentíamos cierta, de llegar a ser artistas, de hacer algo por el arte. Soñábamos. Los sueños de muchachos son los más claros caminos que el hombre puede recorrer en su vida.

Los obreros hacían sus forjas en madera, arcilla, yeso o piedra, o sus dibujos lineales, naturales o decorativos, como un comple-

mento de sus distintos oficios, en los que se ganaban la vida, y en los que procuraban, como una lógica ambición, superarse, aprender, ser mejores.

Una noche, mientras nos afanábamos tallando formas en las maderas donde estudiábamos, don Juan Plá batió las manos, y nos hizo reunir.

Teníamos una invitación.

Los que quisieran conocer el palacio Bruna, podían reunirse el domingo próximo. Nos invitaba a conocerlo el arquitecto de la obra, Pedro Prado.

Para deshacer prejuicios, sobre todo en los compañeros obreros, algunos de los cuales eran muy humildes, don Juan Plá nos hizo el elogio del arquitecto. Era un artista, sobre todo, nos dijo, y miraba con mucho respeto y afecto todo aquello que buscaba en el arte un medio de expresión. Ya lo conoceríamos.

Ese domingo nadie faltó a la cita. Eramos como veinte muchachos y obreros que seguimos a Pedro Prado, llenos los ojos de curiosidad, atentos a todas sus palabras.

Prado tenía una palabra fácil, persuasiva, generosa. Nos dimos a él. Y preguntamos muchas cosas. Nos llevaba a conocer ese palacio, donde ahora funciona la Embajada de Estados Unidos, que era, entonces, uno de los edificios más suntuosos de la capital.

En verdad, sigo creyendo que haya pocos edificios como ése.

Sus escalas de mármol verde, sus esculturas adornando los exteriores y el artesonado de los techos interiores, demostraban no sólo la riqueza económica del dueño de esos muros, sino la riqueza arquitectónica que allí se había prodigado. Arte, arte puro y aplicado, armonía en la línea, las perspectivas, los espacios, gracia en todo aquello que en otra forma habría parecido pesado o violento, todo eso conocimos allí, lo interpretamos, lo gustamos.

Algunos se quedaban mirando las tallas de los techos, envidiosos, llenos de ansiedad por llegar un día a ser artistas, tan artistas como aquéllos que habían trabajado en forma tan estricta y tan

acabada esa materia, otros sentíamos que estábamos en presencia de un hombre superior, porque tenía que ser superior el arquitecto que aquello había diseñado, que había logrado esas maravillas, que podía alcanzar esa perfección de las obras. Tenía que ser un creador de magnificencias, un cerebro imaginativo y poderoso, que allí había encontrado la ocasión precisa para darse a conocer, y dar a conocer lo que se podía hacer cuando la divina desventura del arte coloca su aguijón generoso en el espíritu.

Durante todo aquel año tuvimos en la boca el comentario de lo que vimos aquél domingo maravilloso, en el que la belleza objetiva de las cosas nos había mostrado caminos y situaciones de innegable gracia. Había sido un descubrimiento. Un descubrimiento dentro de nosotros mismos, porque conociendo aquello se nos abrían muchas perspectivas para nuestros sueños y nuestros afanes. Y había sido un doble descubrimiento, porque al conocer a Pedro Prado habíamos caído en la cuenta que podíamos hablar mano a mano con un poeta de tan alto valor como él, podíamos acercarnos a él, nos podíamos sentir bien junto a él, ya que su palabra era una invitación a abrir las puertas del espíritu y los anhelos que sobrevolaban por las regiones del arte.

Pasaron unos meses. La Escuela de Bellas Artes entornó un día sus puertas. Había muerto Simón González. La figura del viejo maestro don Simón la queríamos y respetábamos todos. Era delgado, de una delgadez que nos hacía decir que "andaba de perfil". Enseñaba escultura. La arcilla, bajo sus manos hábiles, había dado al mundo de la creación artística figuras como la del "Niño taimado", aquel gracioso chico que en el patio del Palacio de Bellas Artes no mira a nadie de frente. Está solo y elude mañosamente cualquiera indicación. La psicología del niño taimado el maestro la cogió bien, en sus moldes exactos. Don Simón González cuyos anteojos cabalgaban briosamente en la punta de la nariz, era un profesor estimado de verdad, aunque parecía un hombre severo y rígido. Y don Simón había muerto, casi de repente. A sus funerales

asistieron todos los alumnos de todos los cursos diurnos, que son los que vivirán para el arte, o harán del arte su profesión, y que nos miraban un poco despectivamente a los estudiantes y obreros de los cursos nocturnos, los del arte aplicado, los que no usábamos corbatas al viento ni teníamos arrestos de originalidad en el vestir, o en el actuar normal o común.

Una larga fila acompañó los restos de don Simón, tomando por Recoleta adentro. Las gentes nos miraban pasar con curiosidad. Nos tomaban, seguramente, por mutualistas, aunque buscaban inútilmente el estandarte y su escolta. A los funerales las gentes iban en coche o automóvil. Sólo las instituciones de socorros mutuos iban, y van todavía, marchando con cierto orden, en filas, tras los bordados de colores violentos, que el portaestandarte impone a la cabeza.

Cuando llegamos al cementerio subió a la tribuna nuestro amigo, Pedro Prado, el poeta, el arquitecto, el creador, el hombre que viajaba por los campos del arte con seguridad y firmeza absolutas.

Hicimos silencio. El sol iba poniendo sus fuegos de fin de fiesta en el horizonte, el camposanto estaba lleno de perfumes vegetales. Al centro el escultor en su caja de madera, y, sobre él, la tribuna y Pedro Prado. En medio de la tarde, yo recuerdo, aquello tenía la majestad de un símbolo puro. Era la poesía elogiando al escultor caído. El arte despidiendo al artista. La palabra viva y bella recogiendo el ánimo del luchador, que se había detenido para siempre en su acción.

Hablaba Pedro Prado. Hablaba con voz tranquila, serena, llena de una fuerza grave y liviana. Voz de serenidad, palabra de limpias trayectorias, sonido esencial y humano que iba diciendo y mostrando la grandeza esencial del momento.

Hablaba Prado. Los oros del horizonte se hacían más violentos. Y en la música que leía, en las frases perfectas, seguras, sin ansiedad, sin medida, nosotros mirábamos desfilas la vida de don Simón. Esa vida, que, como todas, era un sueño realizado y terminado

algún día. Vida armoniosa y llena de ideales, vida que cabía bien, con justeza absoluta, en el elogio del poeta. Vida que se había hecho para que la elogiara un poeta grande al llegar a su término.

Nosotros escuchánádole recordábamos a don Simón. Y pretendíamos verle con los ojos cerrados, los anteojos puestos a pesar de todo, y una suave sonrisa flotando en su rostro moreno y fino. Don Simón tenía que estar satisfecho de aquella despedida, donde íbamos todos sus muchachos, aunque no hubiéramos sido sus alumnos, y de aquellas palabras que fluían con ternura viril, con emoción, con belleza, sí, con belleza, desde los labios de aquel creador de imágenes y de palacios.

Cuando terminó el momento mágico, nos dispersamos por las avenidas del cementerio. Y más de alguno, romántico, pensó que la vida valía la pena de vivirla, al lograr en el umbral de todas las despedidas una despedida como ésa, con aromas naturales, con los cielos cargados de linternas de oro, con muchachos y artistas en respetuoso silencio, y con una oración tan vasta como el mar, tanta era la sensación que nos diera Pedro Prado en aquellos minutos inolvidables.

Muchos años pasaron antes de volver a ver y a oír al poeta inmenso. La vida me llevó por lejanos caminos, por otras tierras, por otras latitudes. Alejado de todos los círculos literarios, sin conocer a las gentes de letras, en general, recordaba, sin embargo, con íntimo placer, aquellos encuentros con Pedro Prado, que subía, que ascendía vigorosa y firmemente por las rutas del triunfo.

Una vez el destino, tras unas cuantas pruebas, lo digo con toda petulancia, me llevó a formar parte del directorio de la Sociedad de Escritores de Chile. Allí me volví a encontrar con Pedro Prado. Allí conocí y aprecié a Eduardo Barrios, a Alfonso Bulnes, a Carlos Préndez Saldías, a Jerónimo Lagos, al inquieto Nicomedes Guzmán, a la soñadora Mila Oyarzún, que en su lecho de enferma hoy mira pasar los días con estoicismo y esperanza. Allí conocí la amistad de Alberto Romero, uno de los más altos novelistas chi-

lenos, y a algunos otros que no llegamos a mentar, porque en este caso hablamos de Pedro Prado, que tenía—como sigue teniendo hasta hoy—toda mi admiración.

Era el mismo de otros días. Caballeroso, amable, el ambiente era suyo bajo sus indicaciones precisas, bajo su palabra clara. No alcancé a terminar mi período porque el destino me alejó de esa grata compañía. Pero recuerdo su discreción y su fineza. Había sido oficialmente diplomático. La casaca y el espadín no lo habían formado así. Era así. Pero un diplomático espiritual, un representante de mi país que honraba al país, pues representaba, por antonomasia, además, a la vasta y hermosa república de las letras, esa república que no tiene fronteras, que no tiene banderas de combate, que está más allá de los planos donde actúa la masa amorfa o anodina, esa república donde se impone una verdad en cada uno de sus ciudadanos, y que nos enseña a mirar las cosas desentrañando la emoción y el sentido profundamente humano que ellas tienen.

Pedro Prado huyó siempre del halago fácil, del aplauso que se consigue sin esfuerzo. Vivía casi como un solitario, siendo sociable y amistoso. Escribía sus claros sonetos, sus poemas o sus relatos, macerándolos en el fondo de sí mismo, dándoles el zumo íntimo de sus sentimientos, hasta conseguir con un alto sentido de autocrítica, la anhelada perfección.

La perfección. En *Alsino* la encontramos en cada página. Es un libro luminoso, sencillo y profundo. Tiene sentido humano y roce divino. La tierra y el cielo están en él como en una comunión inmensa y única.

¿Cómo nació *Alsino*?

Unos amigos, residentes en Concepción, conocieron un día la visita de Pedro Prado. Venía por ocupaciones del agro. Su chacra ubicada en los alrededores de Santiago no le representaban económicamente mucho, pero le daba ocasión de vivir en ambiente de campo, de conocer la vida y las cosas del campo, de saber, observar, curiosear en cada detalle de esa vida y esas cosas.

En Concepción los amigos le invitaron a charlar íntimamente, y le pidieron que diera a conocer cómo había surgido *Alsino* a las letras.

Prado contó entonces que en su chacra santiaguina paraban al anochecer muchas carretas que iban desde lejos a la ciudad. Allí pernoctaban los conductores, su lento vehículo, sus bueyes. En la cocina preparaban sus meriendas, y dormían al amparo del fuego amigo, hasta que el alba les indicaba que había que seguir caminando, a la entrega de sus frutos propios o encargados.

Una noche llegó, entre los carreteros, un muchachito pobre, descalzo, sucio, de mirada soñadora. Llevaba como abrigo un poncho raído que no podía disimular una joroba, que como una mochila inseparable cargaba sobre sus débiles espaldas.

A un hijo del escritor, el dueño de la finca, le llamó la atención. Y con esa limpia crueldad de los niños, preguntó por qué aquel chico tenía esa hinchazón.

Prado, entonces, por el deseo de dar una explicación a su hijo, y por el placer de crear, le respondió que aquella hinchazón que se notaba bajo el poncho humilde, la formaban dos alas. Dos alas tímidas, como su dueño, dos pobres alas cansadas que se plegaban esa noche esperando la hora del sueño.

A Prado le gustó la pregunta y su creación. Su espíritu de poeta tomó, entonces, al jorobadito campesino, y todas las noches fué ampliando su fábula ante el torrente de preguntas de su hijo, que no estaba satisfecho de las explicaciones paternas.

Así nació *Alsino*. Así nació el protagonista más original que existe en la literatura chilena. Así creció en la mente del padre y captó la imaginación del hijo, el héroe más puro y fantástico que hayamos conocido.

Alsino llega al mundo con su dolor a la espalda. La abuela le dice llevándolo a la grupa de su caballo: —“Como hijo de borrachos eres triste, *Alsino*, y como triste te quedas pensando! Cuando a ti te engendraron tus padres estaban al comienzo de esa mala

vida, y quizás todavía tuvieran fuerzas de vergüenza. Recuerdo que entre sí se culpaban, y la ira de ellos era por desesperación. Querían ser otros de los que iban siendo. Tú heredaste su tristeza y los deseos de salir y de cambiar. ¿No andas tú, Alsino, queriendo ser como los pájaros? Pobre niño; bebiste en la mala leche de tu madre las visiones de sus borracheras”.

Así como en las ciénagas se reflejan las estrellas, así ha llegado Alsino al mundo. Del fondo turbio de su génesis ha brotado una vida de niño que pretende volar. Que vuela. Que siente ya el secreto gozoso de unas alas que vienen rompiendo su estructura exterior. Y es así, más tarde, cuando, desnudo bajo el suave sol de invierno Alsino canta a sus alas nacientes: “Aquí escondido, como un pájaro nuevo, quiero desentumecer mis pequeñas alas crecientes. Mis alas. Es posible. Día y noche pasan plegadas sobre mi espalda. Mil veces me vienen imperiosos deseos de abrirlas y agitarlas al aire, lleno de deseos y promesas, de las dulces mañanas...”

“Dobléguese las hierbas débiles, vuelen y cobren vida imaginaria las hojas secas, y salga y huya de la espesura toda brizna libre. Dejen su oscuro abandono inerte y dancen y suban, vuelen en el torrente que mi ser, por mis alas, fluye!

“Y también puedo hacerlos cantar, matorrales, arbustos y pequeños árboles. Los quilos silban, los boldos nuevos estrujan sedas, los maitenes simplemente lloran.

“Cumpla cada cual y no rehuya su destino. Aprovechad el vivo soplo que de mis alas nace. Os lo regalo sin desearlo. Mis alas baten el perezoso aire en calma, lo truecan en brisa suave y creciente, luego en ráfagas impetuosas. Desde los dulces vientos hasta los huracanes de tempestad, todos recuerdan este ardor que fluye de las alas y que al aire pasa. Acaso cuando ellos soplan, Dios, cerca de nosotros, invisible, vuela!”

Se ha sugerido, y es la verdad que *Alsino*—la obra—lucha entre ser una novela o un poema. Su desarrollo es novelesco. El tema es novelesco. Pero el estilo claro, transparente y profundo a un

tiempo, le da toques de poema. Y las palabras del protagonista, sobre todo, en las diversas alternativas de su existencia, tienen forma poemática pura. Por ejemplo aquellas dichas en pleno vuelo nocturno: "¡Dios mío! ¡oh, trágica angustia la de saber de este vuelo nocturno que no hay sino presente. El está ante mí tan inmutable y eternamente idéntico, que se diría tu rostro. El tiempo no es sino la medida de los breves pasos de un hombre, recorriendo un camino que reposa, por siempre, a sí mismo, igual!"

Y en la hora del amor, en la inevitable hora del amor, el muchacho alado dice palabras bellas: "No son mis alas cortadas las que aquí me tienen recluso. Siempre hay una fuga para cada prisionero. Es tu amor, Abigail, el que me enlaza. Entre estas altas murallas de zarzas, preso como un pájaro altivo que enmudece, ya ganado por tus afanes, sabiéndote distante, ensayo en la soledad mi canto olvidado!"

Más allá, ciego y cansado, habla a los pájaros para llegar a la hondura infinita de una verdad: "Amigos inocentes ¿qué sabéis? Dios sólo es visible cuando llegamos al fondo de la máxima tristeza".

Alsino vuela. Pero ya no puede más. Y cae. Cae en la dulce mañana de mayo, para trocarse en ceniza impalpable que debe seguir vagando en giros invisibles entre la tierra y el cielo, en esos reinos luminosos y vastos que fueron suyos, de sus alas desgarradas o felices, de sus afanes de luz, de aire, de inmensidad, de perfección.

Alsino es la obra más grande de Pedro Prado. En esta novela hay poesía pura, hay realidad y fantasía, hay ansias, goce, superación, dolor. Y la caída misma, la muerte misma de Alsino viene a ser el vuelo sin fin, sin término, sin frontera. Es el espíritu del creador, del poeta, que se identifica con las zonas del aire, de lo intangible, de lo eterno.

Pero, señores, una palabra más autorizada que la mía, hará un análisis de la obra de Pedro Prado, la palabra llena de sabiduría y experiencia de don Enrique. Don Enrique. Así. Al pare-

cer a secas. Pero no hay tal. Cuando decimos don Enrique, los que lo decimos ponemos respeto y un afecto profundo. Los que escuchamos el nombre del maestro, lo escuchamos con admiración y con placer espiritual. El, señores y señoras, os va a hablar de la obra misma del poeta grande, que fué su amigo, que fué su cordial camarada de anhelos y de ensueños de belleza. Yo nó he hecho otra cosa que referirme objetivamente—os lo dije al comienzo—a Prado, apoyado en la gracia luminosa de algunos escasos recuerdos personales, que, de todas maneras, han servido para levantar un momento su figura ante vuestro ojos, a fin que vayáis apreciándolo, para que luego, cuando nuestro querido Rector diseñe ante vosotros la obra inmensa y maravillosa del poeta y vayáis con él como con un conocido, como con alguien a quien ya mirasteis desde un ángulo personal, y sintáis sus manos en vuestras manos y su corazón en vuestro corazón.

Antes de terminar estas palabras simples, recordemos “la oración del hermano poeta” que el autor de *Alsino* escribiera en una pequeña parábola:

“Todo en el mundo es belleza: lo que está en nosotros; la alegría, el amor, el dolor y la muerte; el aspecto fácil de las cosas y su escondido aspecto. Nada es ruin y despreciable; algo que hiere nuestra vista puede regalar a nuestro corazón. De lo que somos a lo que sentimos, de lo que sabemos a lo que ignoramos, va la única senda que abraza al universo, la única verdad que vive como nosotros y con nosotros se transforma; pero que no muere jamás”.

Y para concluir este trabajo, que quiso ser liviano y breve, que hubiera querido alcanzar un toque de gracia, dejadme citar, por último, la invocación del hombre que iba volando ciego, y recordaba en una súplica profunda:

“¡Siempre fué el vuelo para mi un goce doloroso!

Hecho a vuestra semejanza, perdóname, Señor, si yo también sentí el ansia de estar en toda cosa!”